



Homilía de 11 de abril de 2020

La Vigilia Pascual

Padre J. David Carter, JCL

¡Feliz Pascua! Pascua es una palabra que nos llega del latín. La palabra latina “*Pascha*” es un derivado de la palabra hebrea *pesach*, que significa pasar por alto. Llamamos a todo el misterio de la vida, muerte y resurrección de Jesús los Misterios Pascuales, es decir, los “Misterios del sobre pasar”. Estamos en deuda con el idioma latino por transmitirnos este significado. Aunque este lenguaje nos damos cuenta de que somos parte de algo mucho mayor. Eso es lo que la lengua latina hace por nosotros como católicos romanos. Nos desafía a salir de nuestra zona de confort para experimentar el misterio de pertenecer a algo más grande que nuestra familia y nuestra pequeña comunidad. También nos recuerda nuestra conexión con la Sagrada Tradición de la fe que se remonta a través de los siglos. Nuestra fe recibida depende mucho de la precisión de este idioma antiguo y ha sido una salvaguarda contra el error, una salvaguarda que hemos descartado con demasiada facilidad en los últimos años. También nos une en un patrimonio común de fe vivida que hace cultura. En Occidente hemos sido formados y, lo que es más importante, unificados por el idioma latino. Esa es la razón por la cual esta Misa de esta noche en la Basílica, aunque tengamos hablantes de inglés y de habla hispana, disfrutará de un momento de unidad en nuestra herencia común cuando el Canon de la Misa y el Padre Nuestro sean rezados en latín. Esto se entiende no como un obstáculo sino como una forma de unificarnos. Te animo a que entres en el misterio sabiendo que estamos alabando a Dios con una sola voz como en Pentecostés, en lugar de con confusión como en Babel. Le insto a que utilice los recursos que hemos publicado en nuestra página de Facebook y nuestro sitio web para poder unirse a esta única voz de elogio al Señor. Este es nuestro esfuerzo hacia la unidad dentro de la diversidad en nuestra comunidad. Este es el ideal católico.

Ahora cada cristiano debe saber y entender lo que significa la Pascua. Cuando digamos, Feliz Pascua, pueden responder “¡Jesús es nuestro Cordero de Pascua!” “¡Jesús es nuestro Cordero de Pascua!” La figura central en la Pascua que leemos en el Libro del Éxodo es el cordero. El cordero debe ser sacrificado. La sangre debe ser puesta en la puerta de los creyentes. La carne se debe comer. Haz esto y vivirás, al menos durante esa noche en Egipto. Esta salvación del cautiverio terrenal fue lo que Dios le ordenó al pueblo judío recordar en la Pascua todos los años. Revivirían ese momento de la majestuosa Gloria de Dios viniendo para salvarlos de la esclavitud y llevarlos a la tierra prometida.

En Jesucristo, Dios en la carne eligió tomar este mismo festival que había ordenado a los israelitas que recordaran como el paradigma para su propia salvación más gloriosa de toda la raza humana. “Mientras estaba cenando”, dicen las escrituras. Esta no era una cena cualquiera; fue el banquete de la Pascua. Observe cómo estaba allí el pan sin levadura tradicional, “tomó pan y se lo dio”. Estaba el pan, pero ¿dónde estaba el cordero? Jesús mismo es el cordero, “este es mi cuerpo”. Juan el Bautista había señalado esto: “He aquí el Cordero de Dios”. El sacrificio de Jesús comenzó en la cena de Pascua, pero no terminó allí. Tradicionalmente se bebieron cuatro copas de vino durante el curso de esta comida. No bebió la última copa de vino ceremonial en el banquete “No beberé del fruto de la vid hasta el día en que lo beba con ustedes en el Reino de mi Padre”. (Mateo 26:29). Bebió esa copa en la cruz cuando dijo: “Tengo sed” y le dieron de beber vino mezclado con hiel. “Cuando bebió de él, dijo: Está terminado”. ¿qué terminó? El banquete pascual, el sacrificio del cordero, la redención del pueblo del reinado del pecado de muerte de satanás. ¿Qué comenzó entonces? El Reino de Dios nuestro Padre. Dios murió en la carne como el cordero sacrificial que logró nuestra redención, nuestra salvación. Su muerte en la cruz destruyó la muerte para aquellos que participan de su cuerpo y sangre. Así como la sangre en las jambas de los israelitas en Egipto los salvó de la muerte temporal, aquellos cuyos cuerpos están ungidos con la sangre de este cordero se salvan de la muerte eterna. Así como Dios había ordenado a los israelitas que comieran la carne del cordero, los que coman su carne y beban su sangre vivirán para siempre.



Cristo es nuestra Pascua. Él es nuestro paso al cielo. Cristo nuestra Pascua ha sido sacrificado, Aleluya. Pero en este maravilloso sacrificio, la víctima inmolada en la cruz y enterrada entre los muertos, ¡resucitó al tercer día! En el libro de Apocalipsis, Juan vio en medio del trono del cielo un Cordero que parecía haber sido sacrificado. A este cordero sacrificado y vivo se le dio culto al incienso y se cantó el himno de alabanza. “Digno eres de recibir el pergamino y romper sus sellos, porque fuiste sacrificado y con tu sangre compraste para Dios a los de cada tribu y lengua, pueblo y nación. Les hiciste un reino y sacerdotes para nuestro Dios, y reinarán en la tierra.” “Digno es el Cordero que fue sacrificado para recibir poder y riquezas, sabiduría y fuerza, honor, gloria y bendición”.

Amigos míos, la visión de John en el Libro de la revelación es la imagen de lo que estamos haciendo aquí. Cada vez que ofrecemos el Santo Sacrificio de la Misa, participamos en esta liturgia celestial. Pero esta liturgia celestial no es solo para los santos que nos han precedido, los ancianos en la fe, ni es solo para la innumerable hueste de ángeles. Es para nosotros también, aquí abajo. Juan nos dice: “Entonces escuché a cada criatura en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra y en el mar, todo en el universo, clama: ‘Al que se sienta en el trono y al Cordero sea bendición y honor, gloria y poder, por los siglos de los siglos.’” Amen, Aleluya. Este es nuestra canción, nuestra alabanza a Dios.

Durante este tiempo de aislamiento, cuando una enfermedad del cuerpo nos ha mantenido separados, nos damos cuenta del trabajo del diablo que trata de mantenernos separados. En la tristeza y la angustia de estar lejos de nuestro banquete pascual en nuestra separación física, estamos tentados a dejar que nuestras almas sean sombrías y abatidas. Pero yo te digo, no tengas miedo. “Esperas en Dios! ¡Lo alabaré aún, mi salvador y mi Dios!” (Salmo 42) Su sacrificio es eterno, y Su sacrificio es accesible para nosotros en su Espíritu que hemos recibido. El Señor no está lejos de aquellos que lo anhelan. Hay un gran poder en la comunión espiritual con nuestro Señor, incluso si no es lo que queremos. Todavía tenemos acceso a Su salvación por nuestra adoración en Espíritu y en Verdad. Todavía podemos cantar sus alabanzas como en el Libro de la Apocalipsis. Tal como mencioné que estamos unidos en una sola voz en el Padre Nuestro a través del latín, también estamos unidos incluso en nuestra diversidad de ubicaciones. La vela pascual ha sido encendida. Donde quiera que esté y de cualquier manera que pueda, le insto a encender la vela de la fe en su corazón y en sus hogares. ¡Anuncien lo que Dios ha hecho por toda la humanidad a través de la luz que brilla desde su ser más íntimo y proyectando sus rayos hacia aquellos con quienes vive, con quienes trabaja y con los que puede encontrarse, incluso si tiene que mantenerse a seis pies de distancia! ¡Anuncian la Pascua del Señor! Jesús es nuestro cordero pascual! No tengas miedo de decirlo en voz alta en el momento adecuado de la misa, cuando el sacerdote dice, “Este es el Cordero de Dios,” proclama con voces plenas en tu propio idioma: “Señor, no soy digno de que entres en mi casa, ¡pero una palabra tuya bastara para sanarme!” Canten las alabanzas del Cordero que fue sacrificado. Cantan Aleluya, es decir, un gran elogio al Señor. Incluso en los recovecos de sus hogares, que se escuche su alabanza. Digno es el Cordero.

¡Que Jesucristo sea alabado, Aleluya, Aleluya!
¡Ahora y para siempre, Aleluya, Aleluya!